

con la accion que acababa de practicar la jóven, solicitando por dos veces que le sirviesen agua.

¿Y acertaba?

Los sucesos nos lo demostrarán en el curso de esta historia.

CAPITULO III.

La casa del jugador.

En cuanto la preceptora se despidió de Elisa, ésta, disimulando el terror que le habia infundido la entrada desapacible y ruda de su esposo, cerró la puerta y se dirigió con el corazon comprimido á un rincon de la sala.

Diego, con los brazos echados hácia atras y con las manos enlazadas, se paseaba á largos pasos en la pieza contigua y sin pronunciar palabra.

Su rostro estaba lívido, sus ojos encendidos, sus labios blancos como el papel, el cabello despeinado y su vestido en desorden.

En su ceño imponente y severo se retra-

taba la rabia y la desesperacion; en su gesto la violencia de su alma, y en todos sus modales, al hombre frenético que no sabe contra quien descargar su ira.

Elisa se sentó aterrada y abatida en una silla, orando interiormente, pidiendo á Dios la felicidad del sér á quien estaba enlazada.

Teresita y Julia, sobrecojidas de espanto, y respirando con dificultad, se colocaron de pié al lado de su desventurada madre, llenas de miedo, y estrechándola fuertemente.

Aquel era un cuadro desgarrador: una escena doméstica desconsoladora, terrible; pero que, por desgracia, se repetia con demasiada frecuencia en aquella familia, donde el vicio del jefe de ella habia llevado la miseria y el terror.

Las pobres criaturas miraban con asustados ojos, y sin atreverse á hacer el mas leve movimiento, á su iracundo padre cruzar la estancia sin alzar la vista del suelo, llevar de vez en cuando la mano á la cabeza introduciendo los dedos por el cabello, y golpearse la frente como un desesperado.

De repente se detuvo en la puerta del cuarto, enfrente á su familia, arrugó el entrecejo, fijó furioso sus inyectados ojos en sus tímidas hijas y su esposa, y alzando el brazo en ademan amenazador, exclamó con ronco acento.

—¿Por qué no se han acostado ya esas criaturas?.... ¿Se han propuesto estar toda la noche ahí?....

Las niñas se estremecieron de espanto, y se abrazaron de Elisa, que tembló como la tímida gacela al rugido del leon.

Diego dió otra vuelta, y viendo que permanecian quietas en el mismo sitio, añadió con mayor exaltacion.

—¿No me han oido....? ¿No me han comprendido que deseo que se acuesten?.... ¿Por qué no lo han hecho ya?....

—Deseaban verte antes....—Dijo Elisa con voz dulce y apacible:—te estaban esperando.

—Yo no quiero que nadie me espere....—exclamó Diego cada vez mas exaltado:—yo no quiero que nadie se moleste por mí.... Ya lo sabeis.

Teresita y Julia se echaron sollozando en brazos de su afligida madre, que las estrechó contra su pecho mojando con sus lágrimas los hechiceros rostros de aquellos dos desventurados ángeles.

—Llanto, lágrimas, hipocresía todo....—

Añadió Diego con despecho:—¿A qué viene ahora eso?.... ¿Quereis que la vecindad se imponga de lo que pasa en mi casa?....

—Lloran de sentimiento, esposo mio.... porque te aman!....—

Dijo Elisa con afabilidad tratando de conmover el corazón de aquel hombre que el juego había endurecido.

—Yo no quiero que nadie me ame.

—Pero....

—He dicho que se acuesten esas criaturas. ¿Será preciso que lo mande de otra manera?

Exclamó Diego interrumpiendo á su esposa con una explosión de furor, difícil de expresar.

—Van á obedecerte, Diego. No te incomedes.... Ya sabes que mi único afán es complacerte en todo.

Contestó Elisa con una resignación cristiana que rayaba en heroísmo.

—¡Vamos, hijas mías—añadió después;—vuestro padre quiere estar solo y es preciso satisfacer su anhelo. Despedios de él, y seguidme para que os acostéis.

Teresita y Julia se acercaron con timidez y recelo á su padre que había salido á la sala para que ellas entrasen á la alcoba, y que continuaba paseándose.

—Buenas noches, papá.

Dijeron ambas niñas poniéndose á su lado.

—Buenas noches.

Contestó con menos aspereza Diego.

—¿No nos perdona vd. la imprudencia de haberle esperado?.... Lo hicimos, porque teníamos ganas de verle á vd. y de abrazarle.

Diego, aunque endurecido por el juego, al fin era padre, y se detuvo al escuchar la dulce voz de aquellas dos inocentes criaturas que le pedían perdón de un acto noble y digno de alabanza.

—Bien, hijas mías, bien.... Os agradez-

co la intencion.—Dijo pasándoles cariñosamente la mano por el cabello:—Sois unas excelentes criaturas... virtuosas como vuestra infeliz madre.... Pero ¡soy tan desgraciado....! ¡padezco tanto....! que á veces la suerte me obliga á ser cruel con vosotras, á pesar mio....! ¡Ah....! perdonadme, hijas mias.... ¡perdonadme mis excesos de ira y de dolor....!

Y las pobres niñas lloraban de ternura y de placer.

—¡Cuánto amo á vd., padre-mio....!

Exclamó Teresita conmovida.

—¡Ah!—dijo Julia á su vez—¡somos tan felices con esas palabras de cariño....!

Diego se sintió enternecido: la naturaleza no pudo permanecer rebelde á sus mas nobles y sagrados afectos; los fueros de la sangre se sobrepusieron á los bastardos recuerdos del funesto juego, y obedeciendo al irresistible influjo del sentimiento paternal, abrazó á sus queridas hijas con la efusion del cariño mas tierno, las besó en la frente, y exclamó enternecido.

—¡Id á descansar, hijas mias...! ¡id á descansar, y Dios vele vuestro sueño....!

Teresita y Julia se desprendieron de los brazos de su padre, conmovidas de placer, le besaron la mano, y se retiraron á su cuarto conducidas por la sensible Elisa que presenció, gratamente conmovida, aquella inesperada y consoladora escena.

—¡Qué bueno es papá....!—Dijo Julia mientras la desnudaban.—¡Ahora he conocido que nos quiere mucho....! ¡Oh....! el beso que me ha dado, me ha hecho estremecer de dicha....! ¡Pero es muy desgraciado....!

—Por lo mismo, es preciso—añadió Teresita—que cuando estemos acostadas y solas, recemos las dos por él.

—Sí; rezad, hijas mias; pedidle á Dios que sea dichoso....! que le vuelva á su corazon el bienestar y la calma que formaron las delicias de nuestros primeros años de matrimonio....!

Diego miró enternecido, alejarse á sus inocentes criaturas, y dos lágrimas, las pri-

meras que habia vertido tal vez desde que se separó de la senda de sus deberes, rodaron de sus ojos.

Aquel llanto revelaba que, á pesar de la ferocidad y la rudeza que habia impreso el juego en su carácter, aun conservaba dentro del alma el gérmen de sensibilidad que podria encarrilarlo de nuevo por el camino de la virtud.

Las dulces palabras de sus dos ángeles de inocencia y de candor, habian despertado dentro de su pecho bellísimos y nobles sentimientos.

Pero estos sentimientos generosos fueron instantáneos.

La memoria de sus recientes pérdidas, de su miseria, su sed insaciable de oro, y su arraigada pasion al juego, se sublevaron de repente contra las ideas tiernas que solo brillaron un instante en su ofuscada mente, como la luz del relámpago brilla en medio de la tempestad.

Las malas pasiones triunfaron de las buenas; el vicio se sobrepuso á la razon; y Diego, soñando en la manera de adquirir ri-

quezas para separarse del juego, volvió á pasearse por la sala sin otra idea que la del mismo funesto juego.

El que una vez ha tenido la imprudencia de colocar su pié en la resbaladiza pendiente por donde se precipita el jugador, y trata de buscar el remedio al vicio en el mismo vicio, es semejante á la incauta mariposa, que despues de haberse quemado las alas atraida por los brillantes resplandores de la luz, se precipita en medio de la flama donde se abrasa.

Diego se habia olvidado completamente de sus hijas, de sus caricias, y de sus lágrimas.

Las cartas favoritas, á las cuales tenia especial inclinacion, era lo único que se presentaba en aquel instante á su imaginacion con todo el seductor atractivo con que las pasiones engalanan los mas repugnantes objetos.

Veia las cartas, veia la facilidad de acertarlas; veia el oro sobre la mesa. . . .

A Diego solo le faltaba, en su concepto, un poco de dinero para jugar y cambiar de

posicion social; para llevar todo aquel oro que codiciaba; para pasar de la miseria en que gemia á la opulencia de un príncipe.

Dominado por estos quiméricos ensueños que preocupaban su imaginacion y avasallaban su alma, cruzaba la pieza á grandes pasos, reflexionando en la manera de hacerse de algun dinero para realizar su idea.

Traia á la memoria la fortuna de uno que, en aquel mismo dia, acariciado por la suerte, habia ganado en menos de media hora, dos mil onzas; pero no fijaba la atencion en la desgracia de otros cien que, como él, dejaron en la mesa del vicio todo lo que llevaron, condenando á sus desgraciadas familias á morir de necesidad y de miseria.

Se acordaba de que el juego habia sido para unos cuantos la mina en bonanza que les proporcionó en la sociedad un lugar distinguido; pero no meditaba en que habia sido el origen de la deshonra de millares de infelices que, dominados por la desesperacion, el furor y el despecho que vierte en el alma la pérdida de los bienes, se ha-

bian lanzado al robo, á la estafa, al fraude, y á todo linaje de desórdenes y excesos, terminando la carrera de su vida en un hospital, en una cárcel ó en un patíbulo.

Se olvidaba, como dice un escritor, de que la inconstancia de la fortuna, unida á la imprevision del vicio, son la causa eficiente de que sean tan efímeras las ganancias del jugador que, á trueque de algunas horas de incompleta satisfaccion, que deja consumir en la disipacion, tiene que sufrir dias y aun meses de desesperacion, que vienen á terminar en la degradacion ó en el suicidio. Se olvidaba de que en el juego se han dilapidado fortunas cuantiosas, se han arruinado numerosas familias, se han indispuesto muchos matrimonios que hubieran sido muy felices; se han precipitado no pocas mujeres virtuosas en la sima del deshonra, y de que se han lanzado en el vicio de la bebida y en el libertinaje, jóvenes de nacimiento ilustre, que acortaron á fuerza de pesadumbres y disgustos, los dias de sus padres.

De todo esto se olvidaba; porque cuando

el hombre está dominado por una pasión, y el vicio ha echado hondas raíces en su alma, cierra los oídos á la voz de la razón, y no atiende á otra cosa que al lisonjero acento que halaga sus pasiones.

Diego, acariciando en su mente las ideas del cambio de fortuna que se iba á operar en cuanto volviese al juego, y buscando los medios de poder realizar su deseo, creyó haber encontrado la manera de cumplirlo.

Se acordó de que Elisa guardaba algunos regalos hechos por Clotilde á ella y á sus hijas; pensó que realizándolos y reduciéndolos á dinero, podía sujetar por un instante la fortuna á su capricho, y dejar satisfecha su ambición de riquezas.

Ilusionado y delirando con este pensamiento, llamó á su esposa.

Teresita y Julia, estaban ya entregadas á un dulce y profundo sueño, y Elisa, después de besarlas en la frente, se presentó en la sala.

—¿Qué se te ofrece, Diego?

Dijo acercándose á su esposa.

Este, como todo el que desea conseguir

lo que ambiciona, dió á su semblante y á su voz toda la dulzura posible, y contestó estrechando entre sus manos la de su esposa.

—Que me concedas el favor mas grande que puedo ambicionar.

—¿Qué puedo yo negarte de lo que dependa de mí? ¿No ha sido mi deseo constante el de complacerte?... ¿No soy la mujer mas feliz del mundo cuando veo satisfecho el mas ligero de tus deseos?

—Sí, es verdad; nada me has negado nunca; siempre has subordinado tu voluntad á la mia, siempre.... excepto....—añadió sonriendo y pasando la palma de su mano izquierda por el dorso de la de Elisa, que agarraba con la derecha:—excepto cuando te he pedido algo de lo que te envia mensualmente Clotilde.

—Bien sabes que si me he resistido á complacerte sobre el punto que tocas, no ha sido porque no anhelase servirte, sino porque ese dinero no me pertenecía. Era propiedad de nuestras inocentes hijas; de esos tiernos ángeles, cuyo porvenir me tiene inquieta y cuidadosa.

—¿Y si el favor que quiero pedirte fuese de esa naturaleza?

Dijo acariciando mas y mas la mano de su esposa.

Elisa se puso pálida.

—¿Pedirme lo que me envian para ellas!

—Sí. ¿Qué responderias?

—¡Por Dios, Diego!—Contestó Elisa temblando de temor.—Ya sabes que nada tengo de ellas.... que cuanto tenia guardado te lo he cedido para complacerte, aunque conocia que era un crimen tocar al depósito que se me confiaba!

—¿Es decir que me niegas el favor que te pido?

Dijo Diego soltando la mano de su esposa, y dejando ver en su rostro las señales del enojo, próximo á estallar.

—Tú sabes muy bien—contestó Elisa con timidez y dulzura—que nada tengo; que esta misma noche me obligaste á que te diese lo poco que conservaba de ellas....!

—Nada de eso ignoro.

—Pues entonces....

—Pero aún te quedan algunas alhajas

que te ha regalado la protectora de esas niñas, y ademas, mañana temprano te toca recibir la mesada que Clotilde destina para Teresa y Julia.

Elisa se estremeció como si hubiera escuchado la sentencia de su muerte.

—Pero esas alhajas y esa mesada....

—Las quiero; las necesito.—Exclamó Diego dejando estallar su rabia por tanto tiempo reprimida.—Veo que contigo nada alcanzan las súplicas, y por eso lo ordeno, lo mando....!

—¡Ah!—Dijo la infeliz esposa con acento suplicante y juntando las manos afligida.—¡Yo te ruego que no exijas de mí ese sacrificio....! ¡Es con lo único que cuento para que no perezcan de hambre....!

—¿Y quieres que yo muera de desesperacion? ¿Qué me suicide de rabia..?

—¡Oh! ¿qué dices....!

Exclamó horrorizada aquella pobre mujer mirando con ojos espantados á su esposo!

—¡Vamos, no te alarmes!—Repuso Diego cambiando repentinamente de gesto, y con acento dulce y expresivo:—¿Crees que

yo tambien no amo á mis hijas? ¡Crees que yo te pediria esas alhajas y ese dinero destinado á sus alimentos, si no estuviera persuadido de que con él voy á ganar inmensos tesoros, con los cuales podremos volver á ser felices, bien volviendo á Buenos Aires, mi patria, ó á la hermosa España en que te conocí?

—¡Ah! ¡no pienses en eso, Diego! ¡no pienses en aumentar las riquezas por medio del juego! ¡Qué has conseguido hasta ahora...? ¡No me has dicho mil veces lo mismo que me dices en este instante...? ¡Y cuál ha sido el resultado...? ¡Aumentar tus aflicciones... maldecir tu suerte, y privar del pan á nuestros hijos...!

—Pero estoy seguro de que mañana el resultado será muy distinto.

Respondió Diego algo picado con aquella observacion.

—¡Ah...! ¡no lo creas...! Mañana verias desaparecer el importe de esas alhajas y esa onza, como has visto desaparecer las otras, y tendrias el sentimiento de no po-

der socorrer las necesidades de tu desdichada familia.

—Hagamos la última prueba.

—¡Seria otro nuevo desengaño...!

Diego se mordió los labios; arrugó el entrecejo; miró con ojos iracundos á su esposa, y gritó con acento aterrador.

—Te digo que quiero ese dinero.

—Pero....

—Te digo que lo quiero.

Exclamó rechinando los dientes y acercándose á Elisa con el puño levantado.

—¡Dios mio...! ¡Dios mio...!

Pronunció la afligida esposa, levantando al cielo sus hermosos ojos arrasados de lágrimas.

—¡Qué respondes?

Añadió cada vez mas colérico Diego.

—¡Ah...! ¡no te enojas...!—Se atrevió á decir la pobre Elisa enviándole una mirada suplicatoria:—¡No despiertes á esos inocentes ángeles, para que presencien las discordias de sus padres...!

—Pero ¿me entregarás ese dinero y esas alhajas?

Volvió á preguntar con severidad Diego.
—Te lo entregaré.

Dijo Elisa con la santa resignacion de una mártir, y enjugándose el llanto que corría por su melancólica faz.

Diego, que ya habia alcanzado lo que deseaba, se acercó á ella con ademan afable, le tomó una mano, y le dijo con acento cariñoso:

—¡No llores, Elisa.....! ¡tus lágrimas me hacen mal.....! ¡Perdóname si te he ofendido.....! Conozco que tengo un carácter violento..... irascible.... que se exalta con facilidad..... Pero ¡tú eres tan buena!..... que es imposible que me guardes rencor por lo que ha pasado; ¡no es verdad?

Elisa tenia un corazon noble, tierno y generoso. A pesar del vicio detestable de aquel hombre al juego, amaba á su esposo con todas las veras de su alma.

—Nada tengo que perdonarte, porque en nada me has ofendido;—le respondió dulcemente:—me atreví, porque te amo, á hacerte una observacion que consideré pru-

dente, pero nunca fué mi ánimo oponerme á tu voluntad ni criticar tu conducta.

—¡Eres un ángel, Elisa.... Sí, un ángel digno de disfrutar todos los bienes de la tierra. Y esos bienes, te los proporcionaré dentro de poco. Mañana empiezan la feria y fiestas de Tlalpam. Las casas de juego van á ser numerosas y con mucho oro. El corazon me anuncia que voy á ganar y que van á acabar para siempre nuestras penas y miserias.

Elisa, lejos de participar de las bellas ilusiones de su esposo, estaba por el contrario, dominada por lúgubres y desgarradores pensamientos.

Los proyectos de su esposo no eran otra cosa para ella, que el aumento de las penalidades de sus queridas hijas.

Le iba á entregar todo lo que tenia.

Al brillar la luz del sol se iba á encontrar la infeliz sin tener con que comprar el desayuno de los frutos de su desventurado matrimonio.

La mesada que con suma impaciencia ha-

bia esperado como un ligero alivio á sus desgracias, iba á pasar á manos del hombre que iria inmediatamente á perderla en el juego.

Diego conocia muy bien lo que pasaba en el corazon de su esposa; leia en su rostro, como en un libro, los mas ligeros sentimientos de su noble alma. Sabia la lucha interior que sostenia entre los deberes de madre y las condescendencias de esposa. Conocia el sacrificio que le debia costar desprenderse de cuanto tenia reservado para alimentar á sus hijos, y temiendo que llegase á arrepentirse de su oferta, y queriendo aprovecharse de aquellos instantes de buena disposicion en que todo podia alcanzarse fácilmente de ella, le dijo con extrema amabilidad y acariciándola tiernamente:

—¿Quieres, vida mia, para no molestarte mañana, entregarme esas alhajas de que hemos hablado?

—¿Pues qué—exclamó Elisa con profundo sentimiento—las quieres ahora mismo?

—Si tú no tienes inconveniente, te lo

agradeceria infinito: deseo marchar á Tlalpam en el primer ómnibus de la mañana, y por lo mismo, tenerlo todo arreglado con anticipacion para no detenerme un instante. ¡Vamos, compláceme si no te sirve de molestia....! ¡te lo suplico encarecidamente!....

—Voy á servirte, puesto que así lo quieres.

Respondió Elisa tristemente, y levantándose de la silla en que estaba sentada. En seguida se dirigió abatida á su cuarto; sacó una cajita que tenia debajo del colchon; la abrió con mano temblorosa; tomó de ella algunas alhajas que le habia regalado Clotilde y que besó con melancólica ternura; volvió á la sala luego, se dirigió á su esposo, y le dijo entregándoselas todas.

—¡Ahí tienes cuanto constituía la fortuna de nuestros hijos....! ¡siento que las vayas á jugar, pero no te culparé si las pierdes....! Solo te suplico que si la suerte te es contraria, abandones esa senda que tantos y tan amargos desengaños te ha proporcionado, para que dediques á tus queridos hijos las horas que hasta hoy te ha robado el juego....!

—Te lo prometo:—dijo Diego tomando las alhajas.—Pero estoy seguro de que el éxito va á corresponder á mis esperanzas. Ahora voy á combinar detenidamente mi plan para ganar.

Y sacando un papel, se puso á trazar sobre él algunos números, combinando varias jugadas.

Elisa, al verle entretenido, se dirigió al lecho en que dormían sus hijas, exhaló un suspiro, cayó de rodillas junto á ellas, levantó los ojos bañados de lágrimas al cielo, y se puso á rezar por la felicidad de sus desgraciadas criaturas.

—¡Nada tengo que darles, Dios mio!....— Exclamó juntando sus manos en actitud ferviente:—¡Tú que miras mi corazón y mis lágrimas.... tú que ves la honda y amarga aflicción de esta pobre madre.... ten compasión de mí....!

Y se quedó en profundo recogimiento.

Julia y Teresita sonreían dulcemente acariciadas por uno de esos gratos ensueños que mecen la edad de la inocencia.

Elisa fijó sus bellos ojos en aquellos dos

ángeles que soñaban con las delicias de los bienaventurados, y se sintió conmovida de ternura.

Diego, dominado por su pasión al juego, y olvidado de cuanto le rodeaba, seguía combinando el plan para ganar al día siguiente.

Elisa volvió la cabeza al ruido que hacía con la pluma al trazar sobre el papel los números, exhaló un suspiro, volvió á mirar á sus dos inocentes hijas, y quedó orando á Dios por ellas y por la vuelta de su esposo al sendero de la virtud.